La estatua descubierta

Juan Villoro

Los jabones negros me dan desconfianza. Me lavé de prisa; la espuma parecía condensar la suciedad de otras manos.

—¿Me subes el cierre? —sólo entonces advertí que Maura repetía la pregunta.

Me gusta su espalda, el delta tenue que baja de los omóplatos; los mejores lunares suelen estar en las espaldas, cinco o seis en el caso de Maura, una mínima constelación que cubrí con el cierre que llevaba a Maura vestida, lista para la ceremonia. Ella sostenía una corbata; la anudó mientras yo miraba el plafón del techo. Estábamos en un hotel que por casualidad sobrevivió a los bombardeos; las lámparas con abalorios, las paredes tapizadas en tela y los vidrios biselados hacían que uno olvidara el mundo de allá afuera, la plaza presidida por un musculoso héroe del pueblo y el *Milchbar* que no dejaba de difundir un rock probablemente húngaro.

Maura me dio una palmada en el pecho: podía representar a mi país (después de dos años en la Embajada, ella seguía a cargo de impedir que escogiera mi corbata verde; soy escultor y durante años viví sin otras prendas que mis overoles manchados de yeso).

Mis exposiciones en pequeñas galerías me dieron esa clase de renombre que apenas disimula el fracaso: mis atrevimientos no se vendían. Un antiguo compañero de escuela trabajaba en Relaciones Exteriores y se impuso la tarea de rescatarme; la verdad, su ayuda tuvo algo de agravio; me molestó que me ofreciera un puesto que no tenía ninguna posibilidad de rechazar.

Maura se adaptó sin problemas a la nueva vida. Esa noche volví a admirar la seguridad que acompañaba sus gestos más nimios; se maquilló con una rapidez controlada, como si no hubiera otra forma de hacerlo. La vi frente al espejo; sus ojos se cruzaron con los míos y sonrió. Nunca la he visto sonreír para sí misma.

Salimos a la calle. El viento frío se mezcló con el perfume de Maura. Hay ciudades replegadas en sí mismas, que no se revelan por entero. En todas sus zonas, Potsdam parece más pequeña de lo que es; con frecuencia nos encontrábamos en una plaza vacía y avanzábamos a otra plaza también vacía.

En la mañana, la gente del museo nos había servido un *doppelkorn* que no logró mitigar el frío y en cambio contribuyó a que el paisaje se me grabara con una curiosa plasticidad. Vi el bosque, la torre de telecomunicaciones de Berlín Occidental, los veleros que navegaban con cautela y, en esta orilla, juncos, redes con hojas secas, tanques, metralletas despuntando entre las ramas.

Recorrimos el jardín de Sanssouci aletargados por el licor. Los árboles se alzaban como inseguros filamentos; las estatuas habían sido cubiertas. Jamás había visto algo semejante: los pedestales se sucedían unos a otros, soportando cajas rectangulares y grises. "Para que no se dañen con el invierno", me dijeron. Fingí interés en las explicaciones sobre el número de jardineros que trabajaba ahí y la superficie total de parques del país. Sólo advertí que Maura ya no estaba con nosotros cuando un funcionario sugirió que la buscáramos.

Avancé por una calzada, con la impresión de tener el parque entero ante mis ojos. Me sorprendió que un jardín rectilíneo pudiera ocultar a alguien. Finalmente, encontré el secreto: la terraza de césped desembocaba en unas escaleras que bajaban abruptamente hacia otra terraza, un coto para uso exclusivo del monarca.

En una rotonda de plantas estaba Maura pensativa, como si siguiera una idea lejana, un hilo muy delgado. Pisé unas ramas secas y se volvió: vi un leve temblor en su mejilla y luego su sonrisa radiante, como si al verme regresara a territorio conocido. Corrió a abrazarme. Me besó varias veces. "Siempre me recibe como si me hubiera perdido".

Al fondo, más allá de los arbustos, distinguí una estatua desnuda. Sé que la expresión es absurda, pero después de tantas cajas me pareció sobreexpuesta. La piedra mordida por el moho y los ojos, suplicantes en su ceguera, hacían pensar en un castigo; se diría que estaba descubierta sólo para justificar el cuidado que recibían las otras.

Pensé en el jardín de las estatuas mientas íbamos a la inauguración. Exponía uno de nuestros mayores geometristas, un genuino seguidor de Josef Albers. Preparé un discurso para fingir que se trataba de un *revival* de las grecas mexicas y el arco triangular maya; las líneas rectas de un latinoamericano sólo interesan si provienen de un pasado remoto, de preferencia mágico.

Los cuadros no tuvieron tanto éxito como el pelo y los ojos negros de Maura. Ni siquiera el agregado austriaco —un hombre de mármol— fue ajeno a su belleza. Habló con una parcialidad que en nada se debía a la pintura.

La gente se despedía cuando oímos gritos al fondo de la sala. Junto a una mesa repleta de vasos, Julio Obligado, consejero argentino, alzaba una mano ensangrentada. Le ofrecí mi pañuelo.

—No es nada, una cortada nomás... —decía, luego de gritar como si lo degollaran.

Era el único del cuerpo diplomático al que llamábamos por diminutivo, quizá para contrarrestar su intimidante apellido. Hubo exclamaciones de "¡Julito!" en varios acentos. Él se comportó con su cortesía de siempre, bromeó sobre la fuerza con que atrapaba los cocteles y tuvo presencia de ánimo para contar una historia de cuchilleros.

Maura salió de algún lado y dijo con apremio:

—Vámonos, ya no aguanto.

Un calvo la miró con descaro. También a él le pareció más atractiva en su ansiedad.

En el camino al hotel recordé la primera vez que hicimos el amor, en casa de Nacho Riquelme, a quien le vendí un bronce lleno de turgencias que pretendían ser sensuales. Lo puso en su jardín con el aire de quien tiene un Moore y ofreció una fiesta de locura. Al develar la estatua un curioso preguntó si aquello tenía "una historia". No tuve que inventar un relato que justificara esos gajos desesperados porque Maura llegó al jardín con el rostro de quien ha visto algo peor que mi obra. Señaló una luz que primero significó la cocina y luego encontrar a Edgar Gutiérrez con la mano cubierta de sangre.

—Me corté picando cebollas —explicó.

Las verduras ensangrentadas hicieron que un pedante hablara de Frida Kahlo; bebimos hasta el amanecer y Maura y yo despertamos en la misma cama. La felicidad, como mis peores esculturas, no tiene historia. Una vez cumplida, cancela todo misterio. De poco sirve hablar de los años felices y banales vividos junto a Maura.

Me estacioné frente al hotel, en un lugar prohibido. El ruidoso café de la mañana era una mancha con un letrero desdentado: *M ichb r*. Los edificios en torno al héroe parecían tener media hora de reconstruidos.

En el pasillo respiré el olor carbónico de la calefacción. Nos tumbamos en la cama blandísima, que parecía haber soportado millares de cuerpos y entré en un sueño donde aparecía una calle infinita, llena de sol, la calle de un barrio que sólo veo cuando duermo lejos.

Horas después, escuché algo: un amortiguado tableteo se filtraba al sueño. Desperté y me costó trabajo hacer una composición de lugar; de un modo denso, inconexo, recordé lo que nos habían dicho de las ametralladoras automáticas. El suelo de la frontera tenía sensores para detectar pisadas; en ocasiones, bastaba el peso de una liebre para activar la metralla.

Encendí la luz del velador. Aun antes de volverme hacia la derecha supe que Maura no estaba ahí.

Bajé de prisa y saqué de su sopor al portero de noche. Dije algunas palabras rotas hasta que él articuló una pregunta:

—*Ibre Gattin?*

No sé qué me impulsó a salir por la puerta trasera. Corrí sobre el césped; me había abrigado mal, el aire me cortaba el pecho.

Choqué con unos arbustos que me daban a la rodilla y demarcaban el terreno del hotel. Enfrente: las rejas de la tierra de nadie. Vi una silueta de andar rutinario; un guardia, de seguro.

Me pareció absurdo estar ahí. Maura debía haber ido a la plaza; no era la primera vez que salía a caminar por una ciudad desconocida. Me disponía a regresar cuando algo —una apertura en los arbustos, una tierra pálida que reflejaba la luna— me hizo desviarme, seguir un sendero que, según advertiría, comunicaba con el jardín de Sanssouci.

Contemplé aquella vista enrarecida por la penumbra: dos larguísimas hileras de estatuas encajonadas iban a dar a un palacio borroso. Caminé entre los pedestales, con tal sobrecogimiento, que no me hubiera extrañado que una voz escapara de las cajas. Probablemente se trataba de figuras simplonas, a tono con la cursilería del XVIII, pero entonces ejercían la inusual fascinación de estar presas.

Llegué a la rotonda de la otra estatua. Un pedestal cilíndrico rasguñado por las ramas. La figura representaba a un danzante; el pie izquierdo en el aire y el derecho en la piedra: un hombre a punto de escapar, detenido por ese mínimo contacto. Aquel héroe desprotegido me hizo consciente de la temperatura de congelación. Regresé, pensando que me iba a dar pulmonía.

El portero parecía aguardar mi llegada. Señaló el piso superior:

—*Ibre Gattin!*

Subí por las escaleras.

—¿Dónde andabas? —me preguntó Maura.

Estaba en la cama, pero no llevaba mucho ahí: al besarla sentí su nariz fría.

—Salí a buscarte... —dije, y no pude seguir. "Una vez con ella, me aburre explicarme".

—¡Qué sonso! Fui a tomar aire. La calefacción me estaba ahogando —me acarició el pelo.

Tragué unas aspirinas. La sangre me latía en las sienes. Un poco antes de recuperar la calle soleada de mi sueño, vi la estatua expuesta al frío, apresada por la leve planta de su pie derecho.

Maura propuso que nos quedáramos en Potsdam hasta el domingo en la noche. Me dio gusto seguir fuera de alcance del télex que acaso anunciara la visita repentina de una delegación.

En la noche fuimos a un concierto dirigido por un hombre al que le rechinaban los zapatos.

Un poco antes de que se apagaran las luces, vi una figura conocida. Julito Obligado se sentó junto a nosotros. Le había comprado su boleto a la misma revendedora.

Aparte de los zapatos del director, sólo recuerdo la mano vendada del argentino. En el entreacto bebimos champaña dulce y hablamos de la noche anterior. Con una urbanidad que justificaba su enorme sueldo, Obligado dijo que nuestro geometrista era "fenómeno". Argentina es el último refugio del pelo con gomina; la cabellera lustrosa, el saco de solapa ancha y la mano vendada, daban a nuestro amigo un elegante aire de asesino de los años cuarenta. Se lo dije y mostró una sonrisa diagonal, manchada de tabaco, hecha para mi comentario. Propuso que nos ahorráramos el resto del programa; Maura estuvo de acuerdo en que la primera parte había sido un bodrio. "Le urge tanto salir del concierto como le urgía entrar".

Julito nos llevó a un restorán decorado como pabellón de caza. Los amigos del grupo latinoamericano no dejábamos de admirar el folklor de los platillos conseguidos a balazos. Enfrente de nosotros colgaba una reproducción de Cranach, un venado de ojos llorosos. El argentino habló con pericia de los calibres de las escopetas que adornaban una vitrina y pidió un complejo faisán en el que encontró un perdigón. Temí un altercado con el capitán de meseros. Me gustó que se limitara a decir que era de buena suerte, pero no que se dirigiese a Maura.

Ella lo escuchaba con ojos muy abiertos. Las mesas de los diplomáticos son un espacio para la conversación maquinal. Basta que un pescado azul aparezca en un plato para que alguien se lance a una anécdota en la que tarde o temprano saltará el pez. El argentino era un experto en estas narraciones. Su gracia para hablar de temas ínfimos se combinaba bien con la oscuridad de su vida privada. Tenía una mujer en Bariloche, en apariencia muy enferma; no se le conocían otros vínculos sentimentales; jamás hablaba de sí mismo. Su

disposición a entretener con nimiedades era tan marcada que apenas guardaba silencio pensábamos en su vida oculta.

Maura fue al baño y Obligado comentó:

—¡Qué suerte tenés!

Pensé: "Lo dice porque ella no le hizo todo el caso que él quisiera". Después de un trago me corregí: "Prepara el terreno para que le haga caso".

Maura regresó, muy fresca, como si hubiera descansado profundamente de nosotros.

Camino al hotel me dijo que Obligado era un hígado. "O la gente que la divierte le cae mal o lo dice para tranquilizarme". En el elevador se durmió un instante en mis brazos. Nunca dejará de sorprenderme la forma en que se anima el cuerpo de Maura. Despertó con la sacudida del elevador y me besó largamente. Me pregunté si estaría a la altura de su vehemencia. Por suerte, escogió una inmóvil rendición:

—Quietecito —dijo, mientras me besaba las plantas de los pies.

No quiso dormir en la cama. Se quedó boca abajo, sobre la alfombra:

—Me arrulla un ruidito —dijo, el oído contra la felpa que registraba el ronroneo de la calefacción.

Tuve una pesadilla y al despertar maldije la cena. Busqué la sombra rosácea de Maura al pie de la cama. Nada. Me vestí de prisa, más molesto que preocupado.

Esta vez fui directo a la rotonda de la estatua.

Vi los ojos sin pupilas del héroe indefenso, caminé en círculos, golpeando ramas secas. A la tercera vuelta mis ojos se afinaron. Encontré un pañuelo en un arbusto, manchado de sangre. La sangre estaba fresca.

No tomé la precaución de guardar el pañuelo en el bolsillo. El portero me vio entrar con ese jirón ensangrentado y me humilló con su naturalidad:

—*Gute Nacht, Herr Attaché*!

¡Tenía una inmunidad afantasmada!; ¡podía hacer lo que fuera sin suscitar más que frases de cortesía!

Maura abrió la puerta:

—¿Qué pasó? Fui al baño y cuando salí... —vio el pañuelo con espanto—, ¿qué te pasó?

Me revisó en busca de una herida, acabó desnudándome, sus pezones se endurecieron entre mis manos frías; mientras entraba en ella murmuró una frase obscena, extraordinaria.

En la madrugada creí advertir una consistencia áspera en la cama, rugosidades que en mi sueño transformé en hojas de arbusto.

Desperté convencido de que Maura había estado en la rotonda antes que yo (esta vez fue ella quien usó la puerta trasera).

Fui al restorán: un bufet atiborrado de huevos duros, tazones de yogurt, fuentes con quesos y jamones. Obligado fumaba en un rincón.

Al acercarme a su mesa, mi rostro se desencajó en tal forma que fue él quien me consoló:

—No es nada, hombre —se pasó la mano por la cortada en la mejilla.

Apuró su taza de exprés, volvió a elogiar la exposición, se despidió con la mano izquierda.

Regresé al cuarto, confundido en extremo. Cuando Maura entró al baño, me sorprendí abriendo su maleta; revolví las ropas sin encontrar nada sospechoso. Supe que tenía que seguir buscando. Las dos heridas de Obligado, y sobre todo la resignación con que las padecía, me recordaron escenas distantes que adquirían una tensa proximidad; Maura junto alguien que pedía perdón por haberse lastimado.

Alcé las sábanas y vi una escarcha ocre, la hojarasca que uno de los dos había llevado al cuarto. "Maura está loca", pensé al cerrar su maleta; "Maura está loca y me quiere demasiado", cuando me besó en el elevador.

En el camino de regreso, caí en la debilidad de volver inofensivo lo que me preocupaba: hablé de coincidencias.

—Les echo la sal —bromeó ella—. Sólo a ti te doy suerte.

En las semanas siguientes pensé en los novios que Maura tuvo de muchacha, figuras esquivas que mencionaba a veces, sin agregarles detalles.

Al ver su rostro contra un cristal llovido, me pareció que sus ojos miraban a Oscar, a Pedro o como se llamaran aquellos jóvenes ingenuos, dispuestos a ser felices con ella, aunque eso incluyera alfileres, picos, la sensación de estar en un cuarto conocido y saber, sin verlo todavía, que en un rincón había algo muerto, una presencia familiar y desastrada, que algo se añadía a las sombras y los muebles de siempre: Maura pretendida en ese cuarto, Maura entrañable y joven en el aire enrarecido, indiferente a lo que Oscar o Pedro adivinaban sin ver, a la esquina donde insistía una presencia, el bulto tibio de un animal recién envenenado.

En las noches de Berlín, bajo los motores del corredor aéreo, imaginaba que Maura había vivido algo irreparable, una vejación que sus ojos de niña vieron para siempre. Le pregunté acerca de su infancia y habló de jardines con hormigas y las galletas de su tía olorosas a DDT. Nada me condujo al estremecimiento, como no fuera la nostalgia por un país que ya no existía. "¿Por qué es así?" Necesitaba una causa, una parte golpeada que justificara su vida dispareja, su manera de ser perfecta en la intimidad y peligrosa en la periferia.

Cometí el error de compararla con otras mujeres. Vi a la esposa del agregado de prensa belga, una pelirroja que me gustaba mucho, conversar largo rato con un militar de rango indefinido —llevaba un saco con alamares—, también vi las uñas nacaradas que pasaban por la espalda, ejecutando una rápida escala, como si descargaran notas decisivas. Maura jamás incurriría en esa vulgar insinuación.

Obligado, tan afecto a las escopetas, insistió en que fuéramos a la cacería anual del cuerpo diplomático. Pasó por mí en la madrugada. Tenía un semblante exhausto, vencido, que no asocié con la falta de sueño ni con la distante enfermedad de su mujer. Aun así, le pregunté si había recibido noticias de Bariloche:

—No es eso... —entendí que se trataba de Maura.

Horas después, cuando avanzábamos entre los arbustos, Obligado se colocó a una distancia adecuada para confundirlo con una presa. "Maura no lo quiere, quizá nunca lo ha querido, y él me ofrece un blanco". Me pareció una forma dramática y cobarde de forzar mi perdón. Apunté con esmero a la gorra verde. No disparé. Llegamos a un claro y vi una ráfaga gris: la atajé con insólita puntería.

Julito regresó de mejor ánimo. Entré a casa con los colmillos del jabalí olorosos a desinfectante. Maura me vio como si estuviera soñando y esas puntas la devolvieran a una vigilia dolorosa.

—Tíralas —ordenó.

Apenas llegada la primavera, Julito Obligado organizó una parrillada en su jardín. Los "conocedores" llevaron su propio cuchillo en estuche de cuero (Maura se las arregló para quedarse con el del ministro uruguayo).

El sol resplandecía tras un cielo plomizo. "Hay que volver a Potsdam, a conocer las estatuas descubiertas".

Nadie reparó en mi rostro deprimido. Los colegas me trataron con una cordialidad en la que no cabían problemas, asuntos personales. En un momento me aparté hacia la mesa donde estaba el jarrón de vino con frutas.

Me acerqué a una reja; volvía a brotar la enredadera. Me entretuve viendo a unos tenistas que jugaban en la casa vecina. Cuando me volví, Maura lamía el filo de un cuchillo.

Actuó con rapidez: apenas sentí el tajo, ni siquiera solté mi copa.

No había nadie en derredor. Ella giró sobre sus talones con agilidad y caminó resuelta al encuentro de los otros, entró en la algarabía, sacó a bailar al vetusto John Harding. Me quedé inmóvil hasta que se acercó Julito.

—¡Soy un imbécil! —dije—. Debí tener más cuidado.

Me acompañó a un baño donde encontré los curiosos jabones negros que creía exclusividad de los hoteles.

Al salir me convertí en el centro de la fiesta. Me ofrecieron por lo menos tres pañuelos para vendarme. Maura me besó y dijo frases cariñosas que entendieron hasta los que no hablaban español. El ministro indonesio vio las piernas cruzadas de Maura y comentó algo que no alcancé a oír. Nos fuimos pronto.

La intimidad agota sus sensaciones en sí misma. Sólo puedo decir que no hubo mayor dicha que estar en casa con Maura. Luego poblé mi insomnio con preocupaciones: su entrega había sido tan total que nuestra vida anterior me pareció una cadena de simulaciones. Los días felices al lado de Maura me habían acostumbrado a pensar que su amor se alimentaba del daño que le causaba a los otros, como si fuese necesario destruir versiones fallidas para salvar lo nuestro. Ahora sabía que la violencia era una forma de señalarlos; quizá los había amado con la misma desesperación que acababa de revelarme. La madrugada me encontró repasando la trama en la que se alternaban la crueldad irresistible de Maura, mi indefensa cortesía, su entrega final.

En la Embajada, al revisar boletines de prensa sobre persecuciones e intercambios de espías, se me ocurrió contratar a alguien que la vigilara; la imaginé descendiendo del pálido tranvía que la llevaba a su otra vida. Sin embargo, nada resultaba tan estúpido como espiar por celos en esa ciudad donde todo mundo espiaba por sobrevivencia.

Mi trabajo exigía fingir un educado hastío ante las emociones, pero algo debí transparentar porque el ministro uruguayo me dijo una frase cierta y despiadada:

—A nuestra edad ya perdimos, de aquí en adelante sólo se salvan los extraordinarios —estaba claro que ni él ni yo llevaríamos grandes vidas. Un destino pardo, previsible: escultor de segunda, funcionario menor de Embajada.

El amigo soltó una bocanada de humo y me vio con ojos irritados. No agregó "aunque tú tienes a Maura" pero fue como si lo hiciera. Con todos sus dobleces y esquinas falsas, ése era mi mejor territorio, lo único capaz de redefinir el fracaso cordial, casi agradable, de los años por venir.

Esa noche me soñé en un bosque. Me detenía ante un árbol cubierto de una hojarasca fabulosa. Durante un tiempo agotador deshojaba el árbol. "Tengo que terminar antes de que llegue la niebla: no puedo respirarla". Por fin daba con el tronco: era de metal. De algún modo sabía que aquella pulida superficie destruía lo que reflejaba. Quise cerrar los ojos pero no pude. La niebla me rodeaba y adquiría una insólita fijeza: un aire vertical, impenetrable. Sólo podía abrir los ojos saliendo del sueño. Desperté, la respiración entrecortada, empapado en sudor.

Encendí la lámpara del buró. Me volví hacia Maura; se había retirado el cobertor y pude ver sus calcetines, grises de tanto andar por la casa, y la camiseta grande con la que dormía. Su respiración acompasada levantaba un mechón sobre la frente. Parecía descansar en otra edad, mucho antes de que yo la conociera; ese sueño tranquilo, de niña que duerme hacia el domingo, hizo que me avergonzara de mi imaginación revuelta, de mi hojarasca, mi niebla irrespirable.

En los días que siguieron dejé de torturarme con suposiciones. Con una aquiescencia que tal vez se confunda con la cobardía, no quise pensar en otra Maura que no fuera la que vivía conmigo. Ella me prefería, era lo único decisivo: "soy lo que ellos ignoran".

Me equivoqué; mi escasa diferencia tenía otro signo.

Una tarde Obligado quiso hacerme confidencias, deshacerse de un asunto que aparentemente le oprimía el pecho. Contesté con una evasiva. Después de una tumultuosa recepción insistió en que nos viéramos "para hablar". Su rostro se había suavizado de un modo incómodo; mostraba una expresión tan avenible, tan dispuesta a intimar conmigo, que casi equivalía a una trampa. "Maura no quiere saber nada de él, está deshecho". Quedé en hablarle por teléfono. No lo hice.

La herida en el dorso de mi mano se adelgazó en una línea morada; aunque no usé la crema que me recomendaron, una mañana la espuma del jabón pareció disolver el último rastro de la cortada.

Algo cambió con esa lisura. La relación con Maura iba mejor que nunca pero cada acto público significaba encontrar a Julito y resistir su sugerencia de "vernos a solas". Ante mi sexta o séptima negativa, el argentino sonrió sin prisa y se esfumó en el ruido de la reunión. Me preocupó la facilidad con que dejó de insistir. "Trató de prevenirme, siente que ha cumplido". Tal vez no había buscado confesarse, descargar un agobio, sino trabar una complicidad, incluirme en su secreto: era yo quien ignoraba lo que él sabía.

La clave, según iba a descubrir, estaba en el sitio menos esperado: mi propia mano. Al lavarme aquella piel sanada advertí algo totalmente obvio que había esquivado como si fuera un veneno: sólo el argentino había recibido dos heridas. Temblaba tanto que apenas logré secarme; supe que nada me haría tanto daño como entender esas señales dispersas. Aun así, me atormenté con preguntas que no quería responder: si un primer corte era un señalamiento, ¿qué significaba la reiteración?; en el lenguaje oculto de Maura, ¿equivalía eso a borrar o a subrayar un signo?

Después de la segunda herida, Obligado parecía dispuesto al sacrificio —en la cacería me ofreció un blanco evidente—, ¿lo hizo por sentirse demasiado infeliz o demasiado culpable?, ¿qué extremo quería saldar? Me estremeció otro dato que también había procurado esquivar: yo fui herido en casa de Julito, ¿me convertía esto en una especie de relevo? Mi

antecesor (de golpe me humilló una certeza: en la lógica profunda de Maura el argentino era *anterior*) prefirió ponerse a salvo de aquella ronda. ¿Por qué? Sentí como si volviera a la terraza de césped en Potsdam: Maura miraba la estatua indefensa, el sitio donde decidió su segunda herida. Creí respirar el aire muerto de las cajas. ¿Qué significaba pasar al jardín secreto? Aparentemente eso era lo que Obligado quería decirme. Lo desprecié como nunca. No podía correr el riesgo de oírlo, de conocer la dicha o el daño que no pudo soportar.

Pedí mi traslado. La Secretaría sabe aprovechar los apuros de su personal; ni siquiera mi antiguo condiscípulo pudo frenar la caída: me ofrecieron la agregatura en Bulgaria. Acepté. Después de unos días terribles, Maura se sobrepuso. "Se adapta a todo". Esta idea me dio tanta alegría como preocupación.

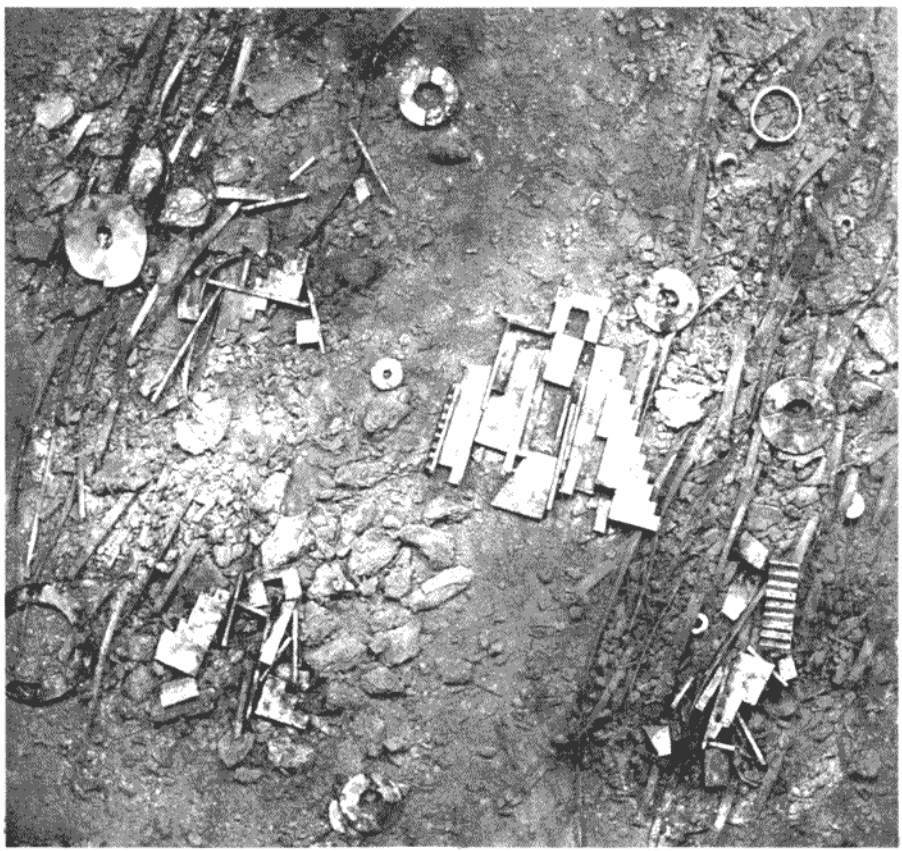
A las pocas semanas de estar en Sofía, llegó una carta de Obligado. Iba dirigida sólo a mí. La rompí sin leerla.

La oficina para diplomáticos nos asignó un departamento enorme y anodino. Al desempacar los enseres de la cocina encontré un tenedor de mango —absurdo haberlo llevado a un sitio donde no comeríamos mangos—; Maura le echó un trapo encima, como si quisiera apagarlo. Lo recogí y lo llevé al pasillo, abrí la puerta del vertedero de basura y escuché su delgadísima caída. El repudio del tenedor me pareció un buen augurio. Luego recordé que Maura me hirió después de pedirme que tirara los colmillos de jabalí.

Tal vez el cambio de aires sea una forma provisional de proteger mi ignorancia, el fondo incierto que no quiero comprender. En todo caso, nuestra vida prospera con el ritmo incomunicable de los días felices.

Volví a la escultura; primero como terapia, luego como pasión. A Maura le gusta que la acaricie con las manos encaladas. En ocasiones, cuando me aparto de su abrazo, creo ver el brillo de un metal. Siempre se trata de un equívoco. Me busco en sus ojos y tengo la curiosa impresión de que ven hacia dentro.

Miro su boca: los labios de Maura se acercan y rozan mi oído, como si fueran a confiarme algo. Todavía no: su lengua entra en mi oreja, mojada, deliciosa, y me ahorra el secreto que Obligado ya conoce. □



Diluvio